



LA
REVOLUCIÓN
ROMANA
RONALD
SYME

CRÍTICA

RONALD SYME

LA REVOLUCIÓN
ROMANA

Prólogo de
JAVIER ARCE

Traducción
Antonio Blanco Freijeiro

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2010

Primera edición en esta nueva presentación: abril de 2020

La revolución romana

Ronald Syme

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Roman Revolution*

© Oxford University Press, 1939

La revolución romana was originally published in English in 1939. This translation is published by arrangement with Oxford University Press. Editorial Crítica is solely responsible for this translation from the original work and Oxford University Press shall have no liability for any errors, omissions or inaccuracies or ambiguities in such translation or for any losses caused by reliance thereon.

© de la traducción, Antonio Blanco Freijeiro, 1989

© del prólogo, Javier Arce, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-213-4
Depósito legal: B. 5.528-2020
2020. Impreso y encuadernado en España.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

<i>Prólogo</i>	VII
<i>Prefacio</i>	1
<i>Nota a la segunda edición.</i>	5
<i>Abreviaturas de libros y revistas</i>	7
I. Introducción. Augusto y la historia	9
II. La oligarquía romana	21
III. La hegemonía de Pompeyo.	43
IV. César, Dictador	67
V. El partido cesariano.	85
VI. Los nuevos senadores de César	105
VII. El cónsul Antonio	127
VIII. El heredero de César	145
IX. La primera marcha sobre Roma	159
X. El viejo estadista	173
XI. Consignas políticas	189
XII. El senado contra Antonio.	205
XIII. La segunda marcha sobre Roma	221
XIV. Las proscripciones	235
XV. Filipos y Perusa	253
XVI. La supremacía de Antonio	267
XVII. El ascenso de Octaviano	281
XVIII. Roma bajo los triunviros	299
XIX. Antonio en Oriente	317
XX. <i>Tota Italia</i>	337

XXI.	<i>Dux</i>	359
XXII.	<i>Princeps</i>	383
XXIII.	La crisis del partido y del Estado	405
XXIV.	El partido de Augusto.	425
XXV.	El patronazgo en acción	451
XXVI.	El gobierno	473
XXVII.	El gabinete.	495
XXVIII.	La sucesión	511
XXIX.	El programa nacional	537
XXX.	El encauzamiento de la opinión pública.	561
XXXI.	La oposición	583
XXXII.	La pérdida de los <i>nobiles</i>	601
XXXIII.	<i>Pax et Princeps</i>	623
<i>Apéndice. Los cónsules</i>		643
<i>Relación de obras citadas.</i>		649
<i>Árboles genealógicos</i>		655
<i>Índice onomástico y analítico.</i>		665

Capítulo I

INTRODUCCIÓN. AUGUSTO Y LA HISTORIA

El más grande de los historiadores romanos empezaba sus *Anales* con el acceso al Principado de Tiberio, hijastro e hijo adoptivo de Augusto, copartícipe de sus poderes. Hasta aquel día no quedaron consumados los funerales de la República Libre en una solemne y legal ceremonia. El cadáver llevaba muerto mucho tiempo. En el lenguaje común, el reinado de Augusto está considerado como la fundación del Imperio Romano. La nueva era es susceptible de varios cómputos: bien desde la conquista del poder exclusivo por el último de los dinastas merced a la Guerra de Accio, bien desde la aparente restauración de la República en el 27 a. C., bien, en fin, desde el nuevo acto de restablecimiento, cuatro años más tarde, que fue decisivo y permanente.

Sobreviviendo a los amigos, a los enemigos e incluso al recuerdo de sus primeros tiempos, Augusto, el Princeps, nacido en el año del consulado de Cicerón, llegó a conocer al nieto de su bisnieta y a hacer una profecía de Imperio referente a Galba, a quien el poder pasó cuando la dinastía de los Julios y los Claudios había gobernado durante un siglo.¹ La ascensión del heredero de César había constituido una serie de azares y milagros; su reinado constitucional, como cabeza reconocida del Estado romano, iba a hacer vanas por su duración y su solidez

1. M. Junio Silano, nieto de Julia la Menor, nació el año 14 d. C. (PLINIO, *N.H.* 7, 58); sobre el comentario de Augusto referente a Galba, cf. SUETONIO, *Galba* 4, 1; DIÓN 64, 1, 1; véase, sin embargo, TÁCITO, *Ann.* 6, 20.

todas las previsiones de la razón humana. Duró cuarenta años. No hubo astrólogo ni médico que pudiera haber predicho que aquel frágil jovenzuelo iba a sobrevivir un cuarto de siglo a su aliado y coetáneo, el robusto Agripa; ningún conspirador hubiese podido contar por anticipado con las muertes de su sobrino Marcelo, de su hijastro Druso, al que tanto quería, de los príncipes niños Gayo y Lucio, sus nietos y herederos oficiales a la sucesión imperial. Azares tales de longevidad y de destino tenía el futuro en reserva. Y, sin embargo, los rasgos principales del partido de Augusto y del sistema político del Principado habían cobrado ya forma, consistente y manifiesta, en fecha tan temprana como el año 23 a. C., de modo que un relato continuo puede discurrir hasta esa fecha para bifurcarse a partir de ella en una descripción del carácter y de la actuación del gobierno.

Pax et Princeps. Era el final de un siglo de anarquía, coronado por veinte años de guerra civil y de tiranía militar. Si el precio era el despotismo, no era demasiado alto; para un romano patriota, de sentimientos republicanos, incluso la sumisión a un poder absoluto era un mal menor que la guerra entre ciudadanos.² La libertad se había perdido, pero sólo una minoría había gozado de ella en Roma alguna vez. Los supervivientes de la vieja clase gobernante, descorazonados, abandonaron la lucha. Resarcidos por las ventajas reales de la paz y por la evidente terminación de la época revolucionaria, estaban dispuestos, si no a participar activamente en su formación, sí a aceptar el nuevo gobierno que una Italia unida y un Imperio estable exigían e imponían.

El reinado de Augusto aportó múltiples beneficios a Roma, a Italia y a las provincias. Y, sin embargo, el nuevo régimen, o *novus status*, era fruto del fraude y del derramamiento de sangre, estaba basado en la conquista del poder y la redistribución de la propiedad por un líder revolucionario. El final feliz del Principado podía considerarse que justificaba, o por lo menos paliaba, los horrores de la revolución romana; de ahí el peligro de juzgar con indulgencia a la persona y a los actos de Augusto.

Fue propósito declarado de aquel estadista señalar y trazar una línea clara de separación en su carrera, entre dos etapas de la misma: la

2. Como observaba M. Favonio, el amigo de Catón, χεῖρον εἶναι μοναρχίας παρανόμου πόλεμον ἐμφύλιον (PLUTARCO, *Brutus* 12). (Una guerra civil es peor que una monarquía contraria a la ley.)

primera, de deplorables pero necesarias ilegalidades; la segunda, de gobierno constitucional. Tan bien lo hizo que, más tarde, al enfrentarse por separado con las personas de Octaviano el Triunviro, autor de las proscripciones, y de Augusto el Princeps, el magistrado benévolo, los hombres se han visto impotentes para explicar la transformación, y han entregado su razón a extravagantes fantasías. Juliano el Apóstata invocaba la filosofía para explicarla. El problema no existe: Juliano se acercaba más a la solución cuando clasificaba a Augusto como un camaleón.³ El color cambiaba, pero no la sustancia.

Los contemporáneos no se dejaron engañar. La cómoda reanimación de las instituciones republicanas, la adopción de un título especioso, el cambio en la definición de la autoridad, nada de eso enmascaraba la fuente y los actos del poder. La dominación nunca es menos eficaz por estar disfrazada. Augusto utilizó todos los artilugios del tono y del matiz con la segura facilidad de un experto. La letra de la ley podría circunscribir las prerrogativas del Primer Ciudadano. No importaba; el Princeps estaba por encima en virtud de un prestigio y de una autoridad tremendos e imposibles de recortar. *Auctoritas* es la palabra —sus enemigos la hubieran llamado *potentia*—. Tenían razón. No obstante, la «Restauración de la República» no era simplemente una solemne comedia, puesta en escena por un hipócrita.

César era un hombre lógico, y el heredero de César se mostraba coherente en su pensamiento y en sus actos, lo mismo cuando ponía en marcha las proscripciones que cuando hacía prevalecer la clemencia; lo mismo cuando conquistaba el poder por la fuerza que cuando basaba la autoridad en la ley y en el consenso. La Dictadura de César, resucitada por el gobierno despótico de tres líderes cesarianos, dio paso a la dominación única de un hombre, sobrino nieto de César. Para la seguridad de su propia posición y para la gestión de los asuntos de Estado, el soberano tenía que encontrar una fórmula que indicase a los miembros de la clase dirigente cómo podían colaborar al mantenimiento del nuevo orden, aparentando hacerlo así como servidores de la República y herederos de una gran tradición, no como simples lugartenientes de un jefe militar o como dóciles agentes de un poder arbitrario. Por esa razón, el Dux se convirtió en el Princeps sin dejar de ser en ningún momento *Imperator Caesar*.

3. En los *Caesares* de JULIANO (p. 309 A), Sileno llama a Augusto camaleón; Apolo replica, y lo considera un estoico.

No hay ruptura de continuidad. Veinte años de apretada historia, cesariana y triunviral, no pueden ser anulados. Cuando los individuos y las clases que han alcanzado la riqueza, los honores y el poder por medio de la revolución se presentan como defensores de un gobierno de orden, no renuncian a nada. El olvido de los convencionalismos de la terminología política romana y de las realidades de la vida política romana han inducido a veces a los historiadores a imaginar que el Principado de César Augusto fue genuinamente republicano en su espíritu y en su práctica. Error de la investigación moderna. Tácito y Gibbon lo veían más claro.⁴ El relato de la ascensión de Augusto al poder supremo, completado con un breve análisis de la actuación del gobierno del nuevo régimen, confirmará su veredicto, y revelará una cierta unidad en el carácter y en el programa del triunviro, del Dux y del Princeps.⁵

El saber si el Princeps expió los crímenes y violencias de los principios de su carrera es una cuestión ociosa e intrascendente, que se puede dejar sin escrúpulos al moralista o al casuista. La presente investigación procurará descubrir los recursos y procedimientos por los que un líder revolucionario surgió en la guerra civil, usurpó el poder para sí y para su facción, convirtió la facción en un partido nacional, y un país desgarrado y revuelto en una nación con un gobierno estable y duradero.

La historia ha sido relatada a menudo con una secuencia inexcusable de sucesos y una culminación unas veces melancólica y otras exultante. La convicción de que todo ello tenía que suceder es ciertamente difícil de eludir.⁶ Pero esa convicción malogra el interés vivo de la historia e impide el recto enjuiciamiento de sus agentes. Ellos no conocían el futuro.

4. TÁCITO, en su breve resumen de la ascensión de Augusto (*Ann.* I.2), no hace referencia alguna a la «Restauración de la República» en el 28 y 27 a. C. Las observaciones de GIBBON (c. III, *init.*) pueden leerse con provecho.

5. El período triunviral es enmarañado, caótico y horroroso. Darlo todo por sabido y empezar de cero desde Accio, o desde el 27 a. C., constituye una ofensa contra la naturaleza de la historia, y es la causa primera de muchos persistentes desvaríos acerca del Principado de Augusto. Tampoco la época de Augusto es tan rectilínea, ni tan bien conocida, como los escritores de biografías parecen imaginar.

6. PLUTARCO, *Antonius* 56: ἔδει γὰρ εἰς Καίσαρα πάντα περιελθεῖν. (Pues estaba predestinado que todo volviese a manos de César.)

El cielo y el juicio de la historia se concitan para inclinar la balanza en contra del vencido. Bruto y Casio permanecen condenados, hasta el día de hoy, por la inutilidad de su noble acción y por el fracaso de sus ejércitos en Filipos, y la memoria de Antonio está aplastada por la oratoria de Cicerón, por el fraude y la ficción literaria, y por la catástrofe de Accio.

En esta interpretación partidista y pragmática de la revolución romana existe una excepción notable. A uno de los campeones frustrados de la libertad política casi nunca se le ha negado la simpatía. Cicerón fue una persona humana y culta, una influencia persistente en el curso de toda la civilización europea; pereció víctima de la violencia y del despotismo. La gloria y el destino de Cicerón, sin embargo, son una cosa; otra muy distinta, el enjuiciamiento de su actividad política cuando instigó al heredero de César en contra de Antonio. El último año de la vida de Cicerón, sin duda lleno de gloria y de elocuencia, fue ruinoso para el pueblo romano.

La posteridad, generosa a la hora de olvidar, contempla indulgente tanto al orador político que fomentó la guerra civil para salvar a la República como al aventurero militar que traicionó y proscribió a su cómplice. La razón de tan excepcional favor puede atribuirse en gran parte a una cosa: la influencia de la literatura cuando se estudia independientemente de la historia. Los escritos de Cicerón sobreviven en su gran mayoría, y Augusto es glorificado por la poesía de su época. Aparte de los escándalos notorios y de las habladurías, hay una singular ausencia de testimonios en contra por parte de las fuentes contemporáneas.

Y a pesar de todo ello, la historia del período revolucionario entera podría ser escrita sin que fuese una apología de Cicerón o de Octaviano, o de ambos a la vez. Parte de ella fue escrita así por C. Asinio Polión, con el espíritu republicano de la vieja Roma. Aquélla era la tradición ineludible. El romano y el senador jamás podrían abdicar de su prerrogativa de libertad ni reconocer con franqueza los menguados méritos del absolutismo; escribiendo acerca de la transición de la República a la monarquía se sentía siempre de la oposición, ya fuese por pasión o por fatalismo.

El arte y la práctica de la historia exigía de sus cultivadores, y por lo común revela en sus obras, una conformidad a ciertos hábitos de pensamiento y de expresión. La deuda de Tácito con Salustio, en estilo y colorido, es bastante manifiesta; pero su afinidad cala mucho más

hondo que sus palabras. Y no sería temerario sostener que Polión era estrechamente afín tanto a Salustio como a Tácito.⁷ Los tres ocuparon asientos en el Senado de Roma y gobernaron provincias; recién llegados a la aristocracia senatorial, todos ellos quedaron profundamente impregnados del espíritu tradicional de aquel orden, y todos estuvieron preocupados por la pérdida de la *libertas* y la derrota de la clase gobernante. Aunque simbolizado a perpetuidad por la batalla de Filipos, fue éste un proceso largo, no un acto único. Salustio iniciaba su recopilación analística con la muerte de Sila y la subida al poder de Pompeyo el Grande. Polión, en cambio, prefirió el consulado de Metelo y de Afranio, año en el cual quedó establecida la dominación de aquel dinasta (60 a. C.). Tácito, en sus *Historias*, hablaba de una gran guerra civil, cimiento de una nueva dinastía, y degeneración de la misma en despotismo, y en sus *Anales* trataba de demostrar que el Principado de los Julios y de los Claudios era una tiranía, rastreando año tras año, desde Tiberio hasta Nerón, la despiadada extinción de la vieja aristocracia.

Polión era un contemporáneo, y en cierta medida partícipe, de los acontecimientos que narra; jefe de ejércitos y experto en cuestiones de alta diplomacia, vivió además hasta el decenio de la muerte de Augusto. Su carácter y sus gustos lo predisponían a ser neutral en el forcejeo entre César y Pompeyo, en caso de que la neutralidad hubiera sido posible. Polión tenía enemigos poderosos en los dos bandos. Empujado a decidirse, por propia seguridad, eligió a César, su amigo personal, y en compañía de César asistió a todas sus guerras, desde el paso del Rubicón a la última batalla de España. Después siguió a Antonio durante cinco años. Leal a César, y orgulloso de su lealtad, Polión profesaba al mismo tiempo su devoción a las instituciones libres, declaración que su feroz y proverbial independencia de palabra y de espíritu hacen enteramente plausible.⁸

7. Como la obra de Polión ha perecido, se puede recurrir a Tácito y a Salustio para suplir su pérdida. Por ejemplo, los fragmentos del prefacio de las *Historias* de SALUSTIO, combinados con TÁCITO, *Hist.* I, 1-3, darán cierta idea de la introducción de la obra de Polión sobre las Guerras Civiles. Cf. más adelante p. 19.

8. Las tres cartas de POLIÓN a Cicerón son valiosos documentos (*Ad fam.* 10, 31-3), especialmente la primera, donde escribe (§ 2 s.): «natura autem mea et studia trahunt me ad pacis et libertatis cupiditatem, itaque illud initium civilis belli saepe deflevi; cum vero non liceret mihi nullius partis esse, quia utrobique magnos inimicos habebam, ea castra fugi, in quibus plane tutum me ab insidiis inimici sciebam

Polión, partidario de César y de Antonio, era un republicano pesimista y un hombre honrado. De ruda cepa itálica, enemigo de pompas y pretensiones, escribió sobre la revolución como el agrio tema lo exigía, con un estilo sencillo y duro. Es muy de lamentar que su *Historia de las Guerras Civiles* no alcanzase, pasando por el período desde el Triunvirato hasta la Guerra de Accio, al Principado de Augusto; su obra parece que terminaba con el derrumbamiento de la República en Filipos. Es fácil de comprender que Polión no quisiese escribir hasta más adelante. Aun como lo hizo, anduvo por un sendero lleno de riesgos. Bajo sus pies la lava aún estaba derretida.⁹ Enemigo de Octaviano, Polión se había retirado de la vida política poco después del 40 a. C. y mantenía celosamente su independencia. Decir la verdad hubiera sido inoportuno, y la adulación repugnaba a su carácter. Otro eminente historiador también se vio obligado a omitir el período del Triunvirato cuando se percató de que no podía tratar del tema con libertad y objetividad. No era otro que el emperador Claudio, discípulo de Livio.¹⁰ Su maestro se guiaba por normas menos severas.

La gran obra de Polión ha perecido, salvo fragmentos de poca entidad o supuestos préstamos en historiadores posteriores.¹¹ Sin embargo, el ejemplo de Polión y la abundancia de material histórico (contempo-

non futurum; compulsus eo, quo minime volebam, ne in extremis essem, plane pericula non dubitanter adii. Caesarem vero, quod me in tanta fortuna modo cognitum vetustissimorum familiarum loco habuit, dilexi summa cum pietate et fide» (Mi temperamento y mis gustos me llevan a desear la paz y la libertad. Por ello he deplorado tantas veces aquel comienzo de la guerra civil; pero como no podía permanecer neutral, porque en ambos bandos tenía poderosos enemigos, hui de los cuarteles donde sabía que no había de estar al abrigo de las asechanzas de mis contrarios. Empujado a ir adonde menos deseaba, para no verme reducido al límite de mis fuerzas, no dudé en afrontar abiertamente el peligro. Pero a César, lo he querido con la mayor devoción y lealtad, pues, en la cúspide de su fortuna, me ha tratado como a uno de sus más viejos amigos).

9. HORACIO, *Odas* 2, I, 6 ss.:

periculosae plenum opus aleae
tractas et incedis per ignis
suppositos cineri doloso.

(Tratas de una materia llena de peligrosos azares y andas entre llamas recubiertas de traidora ceniza.)

10. Suetonio, *Divus Claudius* 41, 2.

11. Para la discusión más completa de las *Historias* de POLIÓN, y sus huellas en obras posteriores, véase E. KORNEMANN, *Jahrbücher für cl. Phil.*, Supplementband XXII (1896), 557 ss.

ráneo o basado en fuentes contemporáneas, tendenciosas a menudo, pero susceptibles de crítica, interpretación o escepticismo) pueden alentar el esfuerzo de escribir el relato de la revolución romana y su secuela —el Principado de César Augusto— de un modo que tiene ahora a la tradición en contra, a saber: desde el punto de vista de la República y de Antonio. El adulador o el falto de crítica tal vez interpreten este enfoque como un intento de denigrar a Augusto, pero la sagacidad y la grandeza de éste adquirirán mucho más relieve presentándolas con frialdad.

Pero no basta con liberar a Augusto de las exageraciones de sus panegiristas y reavivar el testimonio de la causa vencida. Eso no haría más que sustituir una forma de biografía por otra. En el peor de los casos, la biografía es anodina y esquemática; en el mejor, se ve muchas veces frustrada por las discordias ocultas de la naturaleza humana. Es más, la insistencia indebida en el carácter y las hazañas de una sola persona reviste a la historia de unidad dramática a expensas de la verdad. Por mucho talento y poder que posea, el estadista romano no puede alzarse solo, sin aliados, sin seguidores. Ese axioma es tan válido para los dinastas políticos de la última era de la República como para su postrero y único heredero; el gobierno de Augusto fue el gobierno de un partido, y en ciertos aspectos su Principado fue un sindicato. A decir verdad, lo uno presupone lo otro. La carrera del líder revolucionario resulta fantástica e irreal, si se refiere sin alguna indicación de cómo estaba compuesta la facción que dirigía; de la personalidad, acciones e influencia de los principales entre sus seguidores. En todas las edades, cualquiera que sea la forma y el nombre del gobierno, sea monarquía, república o democracia, detrás de la fachada se oculta una oligarquía, y la historia de Roma, republicana o imperial, es la historia de la clase gobernante. Los generales, los diplomáticos, los financieros de la revolución se pueden identificar otra vez, en la República de Augusto, como los ministros y los agentes del poder, los mismos hombres con diferente ropaje. Ellos constituyen el gobierno del Nuevo Estado.

Será, por tanto, útil y provechoso investigar no sólo el origen y desarrollo del partido cesariano, sino también las vicisitudes de toda la clase dirigente durante un largo período de años, en un intento de dar a este complejo tema la forma y el encuadre de un relato continuo de acontecimientos. Y no es sólo la biografía de Augusto la que habrá de ser sacrificada en beneficio de la historia; también Pompeyo y

César habrán de ser sometidos a la debida subordinación. Tras las reformas de Sila, una oligarquía restaurada de *nobiles* detentó el poder en Roma. Pompeyo luchó contra ella; pero Pompeyo, pese a todo su poder, tuvo que negociar con ella. Tampoco César hubiera podido gobernar sin su concurso. Coaccionada por Pompeyo y enérgicamente reprimida por César, la aristocracia quedó rota en Filipo. Los partidos de Pompeyo y de César no habían llegado a ser lo bastante fuertes ni coherentes para apoderarse del control del Estado y formar gobierno. Eso quedó para el heredero de César, al frente de una nueva coalición, formada con los restos del naufragio de otros grupos y reemplazándolos a todos ellos.

La política y la actuación del pueblo romano estaban guiadas por una oligarquía; sus anales fueron escritos con un espíritu oligárquico. La historia nació del archivo de las inscripciones de consulados y triunfos de los *nobiles*, de las tradiciones relativas a los orígenes, alianzas y disputas de sus familias; y la historia nunca renegó de sus comienzos. Por necesidad, la concepción era estrecha: sólo la clase gobernante podía tener historia de algún género, y sólo la ciudad gobernante: sólo Roma, no Italia.¹² Durante la revolución, el poder de la vieja clase gobernante resultó quebrantado y su composición transformada. Italia y las clases no políticas de la sociedad triunfaron sobre Roma y sobre la aristocracia romana. Y, sin embargo, el viejo encuadre y sus categorías subsisten y una monarquía impera a través de una oligarquía.

Señalados el tema y el tratamiento, queda la elección de la fecha por la que empezar. La ruptura entre Pompeyo y César y el estallido de la guerra en el 49 a. C. pudieran parecer el principio del acto final en la caída de la República romana. Pero ésa no era la opinión de su enemigo Catón; él echaba la culpa a la primera alianza de Pompeyo y César.¹³ Cuando Polión emprendió el relato de la historia de la revolución romana no la empezó con el paso del Rubicón, sino con el pacto del 60 a. C. urdido por los políticos Pompeyo, Craso y César, para controlar el Estado y asegurar la dominación del más poderoso de entre ellos:

12. Así TÁCITO, escribiendo historia imperial con la mentalidad y las categorías de la República, empieza sus *Anales* con las palabras «urbem Romam» (A la ciudad de Roma...).

13. PLUTARCO, *Caesar*, 13; *Pompeius*, 47.

Motum ex Metello consule civicum
 bellique causas et vitia et modos
 ludumque Fortunae gravisque
 principum amicitias et arma
 nondum expiatis uncta cruoribus.¹⁴

Esa formulación merecía y obtuvo amplia aceptación.¹⁵ La amenaza del poder despótico se cernió sobre Roma, como una pesada nube, durante treinta años, desde la Dictadura de Sila a la Dictadura de César. Fue la era de Pompeyo el Grande. Golpeada por las ambiciones, alianzas y disputas de los dinastas, líderes monárquicos de facciones, como se les llamaba, la República Libre pereció en lucha abierta.¹⁶ Augusto es el heredero de César o de Pompeyo, como se quiera. César, el Dictador, carga con la mayor culpa; pero a decir verdad Pompeyo no era mejor, «occultior non melior».¹⁷ Y Pompeyo está en la línea directa de Mario, Cinna y Sila.¹⁸ Parece todo inevitable, como si el destino hubiese dispuesto la sucesión de los tiranos militares.

En estas últimas y fatales convulsiones, un desastre vino tras otro desastre, cada vez más deprisa. Tres de los *principes* monárquicos cayeron por la espada. Cinco guerras civiles, y más, en veinte años desangraron a Roma y envolvieron al mundo entero en discordia y anarquía. La Galia y el oeste se mantuvieron en su sitio; pero los jinetes de los partos fueron vistos en Siria y en la costa occidental de Asia. El Imperio del pueblo romano, pereciendo a causa de su propia grandeza, amenazaba romperse y disolverse en reinos separados, a menos que un renegado, venido del Oriente como monarca, subyugase a Roma a un poder extranjero. Italia sufrió la devastación y el saqueo de sus ciudades, con la proscripción y el asesinato de sus mejores hombres,

14. HORACIO, *Odas* 2, 1, 1 ss.: La agitación ciudadana desde el consulado de Metelo; las causas, los crímenes, las formas de la guerra; el juego de la Fortuna, el peso de las amistades de los principales ciudadanos, y las armas, manchadas de un sangre aún no expiada.

15. LIVIO, *Per.* 103; LUCANO, *Pharsalia* I, 84 ss.; FLORO, 2, 13, 8 ss.; VELEYO 2, 44, 1.

16. APIANO, *BC* I, 2, 7: δυναστεῖαι τεῆσαν ἤδη κατὰ πολλὰ καὶ στασίαρχοι μοναρχικοί.

17. TÁCITO, *Hist.* 2, 38.

18. TÁCITO, *Ann.* I, 1; *Hist.* 2, 38.

pues las ambiciones de los dinastas desataron la guerra entre clase y clase. Era el reinado de la fuerza bruta.¹⁹

La cólera del cielo contra el pueblo romano se manifestaba en portentos y en continuas calamidades; los dioses no velaban por la virtud ni por la justicia, sino que sólo intervenían para castigar.²⁰ Contra las fuerzas ciegas e impersonales que llevaban al mundo a su perdición, la previsión humana o la acción humana se revelaban impotentes. Los hombres sólo creían en el destino y en las inexorables estrellas.

En el principio los reyes gobernaron Roma, y al final, como estaba prescrito por el hado, se volvió de nuevo a la monarquía. La monarquía trajo la concordia.²¹ Durante las guerras civiles cada partido y cada líder declaraban estar defendiendo la causa de la libertad y de la paz. Aquellos ideales eran incompatibles. Cuando la paz llegó, fue la paz del despotismo: «cum domino ista pax venit».²²

19. SALUSTIO, *Hist.* I, 18 M: «et relatus inconditae olim vitae mos, ut omne ius in viribus esset» (Volvió a estar en vigor el sistema de vida salvaje de antaño, de modo que todo derecho residía en la fuerza); TÁCITO, *Ann.* 3, 28: «exim continua per viginti annos discordia, non mos, non ius» (después de una serie de veinte años de desavenencias, sin tradición, sin derecho).

20. TÁCITO, *Hist.* I, 3: «non esse curae deis securitatem nostram, esse ultionem (Los dioses no se cuidaban de nuestra seguridad, sino de nuestro castigo). Cf. LUCANO, *Pharsalia* 4, 207; 7, 455.

21. APIANO, *GC* I, 64, 24: ὧδε μὲν ἐκ στάσεων ποικίλων ἡ πολιτεία Ῥωμαίοις ἐς δμόνοιαν καὶ μοναρχίαν περιέστη (Así, después de todo género de discordias, el Estado romano alcanzó la concordia y la monarquía).

22. LUCANO, *Pharsalia*, I, 670: con el Señor vino esta paz.